

Encuentros

Conocí a Eladía en un curso sociopolítico, cuando los diversos grupos exponían sus opiniones sobre el tema estudiado. En el momento en que ella intervino, me llamó la atención, primero, porque se manifestaba en ella al hablar una minusvalía en sus cuerdas vocales, y segundo, más importante, es que me sorprendió, por el peso de sus respuestas, que eran muy inteligentes. Esto suscitó mi interés por conocerla, de modo que hoy hemos podido encontrarnos para conversar sobre su vida y su personalidad.

–P.: ¿Qué te parece si antes preparo un café?

–R.: Me parece muy bien.

Y saboreando el gusto y el aroma del café iniciamos el diálogo.

–P.: Eladía, esa dificultad que tienes al hablar ¿a qué es debido?, ¿qué te pasó?

–R.: Muy pocos días después de mi nacimiento, una grave infección ocular vino a poner en peligro mi vida, puesto que provocó una importante lesión cerebral, que afectó a las cuerdas vocales y a cierta inestabilidad en mi cuerpo.

–P.: Vives en Santander, ¿pero naciste aquí?

–R.: Sí, así como mis padres y mis abuelos.

–P.: ¿Te tocó vivir la guerra civil española?

–R.: No, pues yo tenía un año cuando comenzó, pero sí te puedo decir que esa guerra tuvo grandes consecuencias para mi familia, ya que deshizo muy pronto el hogar de mis padres.

P.- ¿Por qué? ¿Qué sucedió? ¿Qué ideología tenían tus padres?

–R.: Sus ideas eran republicanas. Mi padre y mi abuelo militaban en el Partido Socialista, y al principio de la guerra, Santander estaba en el bando republicano, por lo tanto se unió al frente de este bando para combatir la sublevación militar contra el orden establecido. Tenía que defender sus ideas. Pero esta situación sólo duró un año, porque en Julio del 37, Franco ocupó Santander y mi padre huyó a luchar al frente de Asturias hasta el final de la contienda, en que se vio obligado nuevamente a huir con sus compañeros, unos fueron a Bélgica, otros a Méjico, etc. y la mayor parte y mi padre a Francia, eran unos cien mil, y les situaron en un campo de concentración.

–P.: ¿Estuvieron bien atendidos?

–R.: Por parte del Gobierno muy mal, en cambio la gente, el pueblo, muy bien, les llevaban comida y lo que podían. Pero mi padre estuvo poco tiempo, pues se escapó ense-

guida. Y ya en libertad, trabajó en casas de labranza francesas, cortando leña y otras ayudas para vivir.

–P.: Entonces en Santander, quedasteis tu madre y tú solas, y sin noticias de tu padre.

–R.: Sí, pero el problema se complicó aún más, porque en el régimen de Franco, todos los republicanos eran perseguidos, y así lo fue mi abuelo, que sólo por el hecho de ser republicano, por sus ideas, le llevaron a la cárcel, y fue condenado a muerte. Como la cárcel estaba a tope, les llevaron a unos grandes locales que tenía la tabacalera, para alojar a unos 5 mil, y vivían hacinados de tal manera que alcanzaba dimensiones de vida inhumanas. Al mismo tiempo, los agentes policiales de Franco, continuamente se presentaban en casa de mi madre para saber el paradero de mi padre.

–P.: ¿Cuál era la postura de tu madre? Me la imagino llena de temor.

–R.: Mi madre entonces sólo tenía 22 años, pero era una mujer muy valiente y tenía muy claro que los agentes que llamaban a su puerta eran los invasores del orden establecido, y sin ningún miedo no se quedó callada, sino que les cantó “las cuarenta”, todas las verdades, lo que sentía, lo que ella estaba viviendo, y hasta les llamó “¡gallinas!”. Entonces se llevaron a mi madre a la cárcel de mujeres que tuvieron que habilitar en unas escuelas vacías. También vivían hacinadas en unas condiciones deplorables.

–P.: ¿Llegaban a pasar hambre?

–R.: Sí que les daban algo de comer, siempre lentejas y sólo lentejas, pero tanto a mi madre como a mi abuelo, la familia les llevaba ropa limpia y comida, de tal manera que cuando llegaba un paquete a la cárcel de cualquiera de los dos, repartían la comida y no pasaban hambre porque vivían la solidaridad.

–P.: ¿Cuánto tiempo estuvo tu madre en la cárcel?

–R.: Siete meses. Además el juez, como mi madre no tenía delito ninguno, no tenía nada de qué juzgarla, sólo se le ocurrió hacerle una pregunta curiosa: “Vd. ¿quién quiere que gane, la República o Franco?”. Y mi madre le respondió con la fuerza y firmeza que tenían siempre sus palabras: “Yo prefiero que gane la República, que es el régimen legal”, dicho así con contundencia. Y el juez dirigiéndose a alguien de la sala dijo “Habrán hombres bien bragados que no tienen tanto valor como ella.”

–P.: Por otra parte, ¿se cumplió la sentencia de muerte en tu abuelo?

–R.: No, tuvimos una gran suerte, providencial, pues mi abuelo tenía amistad con una requeté muy influyente, que se movió, e hizo todo lo posible para que no lo ejecutaran. Pero estuvo toda la guerra en la cárcel, 3 años, salió muy machacado por el citado hacinamiento, tenía una gran bronquitis y problemas digestivos.

–P.: ¿Qué hizo tu madre cuando salió de la cárcel?

–R.: Se fue a trabajar a Cataluña, porque en Santander era difícil encontrarlo y menos si era mujer de un “rojo”. Y mi padre sin volver a España, en Francia rehizo su vida y yo me quedé con mis abuelos, así que me he criado siempre sin padre y marcada muy profundamente por el drama terrible de la guerra y también por mi defecto físico.

–P.: Eladía ¿te incomoda la conversación?

–R.: No, aunque me suscita muchos sentimientos, me gusta también recordar.

–P.: Descansemos unos momentos, ¿quieres que escuchemos esta música?

Pausa...

–P.: ¿Te ha gustado? Creo que era apropiada para este momento. Era el tercer movimiento de la Novena Sinfonía.

–R.: Sí me ha gustado, es una música que serena tanto al cuerpo como al espíritu.

–P.: Y tu padre que continuaba en Francia, se encontraría con otra guerra, la Segunda Guerra Mundial, ¿cómo lo vivió?

–R.: Lo vivió como siempre, peleando por sus ideas republicanas, en la resistencia, contra la invasión alemana. Se unió a los maquis, que en un principio hacían un trabajo subterráneo, y como él tenía experiencia de la guerra española, fue un elemento muy útil en la resistencia. Mi padre como siempre arriesgándose por amor a sus ideales. Posteriormente, recibió los honores junto a sus compañeros de la resistencia.

–P.: Eladía, ¿te parece que escuchemos la Marsellesa?

–R.: Por supuesto, es el momento.

Pausa ... y continuamos...

–P.: ¿Cómo era la situación de tu familia?

–R.: Medianamente acomodada. Mi abuelo era agricultor y tenía una finca con muchas vacas, en lo que hoy se conoce como Cazoña.

–P.: ¿Tus padres eran creyentes?

–R.: No, no eran creyentes y totalmente anticlericales

–P.: ¿Fuiste bautizada?

–R.: Pues sí. Mi abuela era una mujer muy apegada a conservar los ritos tradicionales, y por

miedo a mi enfermedad, hizo que me bautizaran y como la Iglesia estaba un poco lejos, mi abuela me llevó en un carrito tirado por una yegua; nos acompañaban un trabajador de mi abuelo que guiaba el camino y una criada. Estos dos fueron mis padrinos. Fue un bautismo casi a escondidas. Porque sin la presión de mi enfermedad, quizá mis padres nunca me hubieran bautizado.

–P.: ¿Hiciste la comunión?

–R.: Sí, pero fue una gran aventura, porque primero me tenía que preparar en la catequesis. Y ésta me pareció algo extraordinario, así que empecé a asistir, escapándome, y mintiendo en casa, sobre todo de mi abuelo y tíos que se oponían rotundamente “a que los curas me inflaran la cabeza” decían. Pero yo seguí asistiendo e hice la comunión a los doce años, sin que nadie de mi familia estuviese junto a mí. Los demás niños iban todos muy acompañados y vestidos de blanco. Yo fui sola con un vestido amarillo y unas sandalias que me hacían mucho daño. Tengo que decirte que la comunión fue para mí un impresionante encuentro profundo y personal con la persona real de Jesucristo, que a pesar de mi insignificancia, de tantos dilemas y tantas contradicciones, Él venía hasta mi y todo el panorama de mi vida había cambiado radicalmente.

–P.: ¿Como fue tu infancia?

–R.: Fue un tiempo duro, fue un tiempo muy difícil. Cuando fui a la escuela, yo era una niña diferente de los demás, era el “patito” feo por la minusvalía. Los mismos niños se reían y mofaban de mí, pero poco a poco fueron haciéndose amigos míos, y fue curioso porque cuando íbamos a otros barrios, y los niños de estos barrios se empezaban a reír de mí, los de mi barrio no lo consentían y hacían sus batallas para defenderme.

–P.: ¿Cómo viviste la adolescencia?

–R.: No muy bien porque empecé a cuestionarme muchas cosas ¿por qué, me preguntaba yo, no podía ser igual que los demás?, ¿por qué? Mi niñez y adolescencia fueron muy introvertidas y conflictivas, con grandes dificultades psicológicas, pero sobre todo, por un gran deseo cada vez mayor de descubrir el origen de las cosas; siempre tenía una gran inquietud espiritual y un deseo cada vez mayor de encontrar una respuesta a todos mis interrogantes. Junto con esto viví muy duramente las dificultades y diferencias humillantes que me imponía mi handicap por un lado, y también mi condición de ser hija de un “rojo”.

–P.: ¿Cómo fueron tus estudios?

–R.: En un principio no fui a la escuela porque lo desaconsejó el médico y me pusieron un

profesor en casa, luego fui a un colegio de religiosas a preparar el bachillerato, y más tarde una licencia de francés, porque yo quería sobre todo ir a Francia para conocer a mi padre. También estuve en la JOC, asistí a los Círculos de Estudio, y esto fue para mi una fuente de riqueza espiritual, que me ayudó a madurar mi fe y a vivir y razonar con arreglo a la presencia de Jesucristo en el curso de los acontecimientos.

–P.: ¿Encontraste a alguien en concreto que fuese testimonio para ti?

–R.: Sí, el consiliario de A.C. que fue para mí en aquella época, un verdadero padre espiritual y un gran educador, también mi madrina, y varias más.

–P.: ¿Qué cantante español te gusta más?

–R.: (Después de dudar, titubear unos instantes se decide) Serrat.

–P.: ¿Qué canción te gustaría escuchar?

–R.: “He andado por muchos caminos”.

Pausa... Escuchamos...

–P.: Por fin cuando pudiste ir a Francia que era tu sueño, ¿qué descubriste?

–R.: El año 1956, por fin conocí a mi padre, que me llevó a su casa, donde conocí a su compañera. Viví con ellos una temporada, descubriendo a la vez a mi padre, y un mundo nuevo muy distinto del ambiente en que me había criado. Mi padre y Jeanne, su compañera, militaban activamente en el partido comunista. Mi madre me reclamaba, y volví, pero a mi la vida en el hogar junto a mi madre era muy difícil, porque no encontraba un trabajo digno en Santander que me permitiese un mínimo de independencia. Y cuando mi padre me buscó un trabajo en París, me trasladé allí, para ocuparme de un bebé de pocos meses, cuya madre estaba enferma.

–P.: ¿Cómo fue tu experiencia como trabajadora inmigrante en París?

–R.: Muy difícil porque estaba sola, muy marcada por mi handicap y sobre todo por el hecho de haber estado siempre muy protegida por la familia. Pero me abrí camino, trabajando con honradez y conservando mi fe en Dios, que me acompañó siempre cualquiera que fuese el camino. Fui muy apreciada en las dos casas que estuve. Después ya trabajé en centros institucionales como Auxiliar de Vida, con minusválidos. Que cuando les visito ahora en mis viajes frecuentes a París, me reciben todos con mucho cariño.

–P.: ¿Cómo definirías a tu padre y a tu madre?

–R.: A mi padre como un romántico, muy idealista y a mi madre como una gran luchadora.

–P.: ¿Cual fue el día más triste para ti?

–R.: Mi padre murió a los 56 años de un cáncer, yo estuve a su lado en esos días terribles que vivió. Pero lo más triste para mi fue su entierro civil, creo que fue el día más triste de mi vida. Nunca me he sentido tan impotente y desamparada.

–P.: ¿Qué es lo que más destacarías de tu vida en Francia?

–R.: La ayuda para crecer, para ser persona. Los compañeros que tuve, los jefes donde trabajé, algún sacerdote siempre disponible...

–P.: ¿Qué aciertos crees que has tenido?

–R.: Ir a París.

–P.: En tu vida ¿qué es lo que consideras como éxito?

–R.: El cariño de los niños.

–P.: ¿Qué es para ti el éxito?

–R.: No es tener tanto y cuanto, es la independencia, vivir desde mi misma.

–P.: Te gusta como canta Edith Piaf, ¿quieres que la escuchemos?

–R.: Me encanta, me gustaría oír “La vie en rose” y “Sous le ciel de Paris”

Pausa...

–P.: ¿Qué es lo que te gusta de la voz de Piaf?

–R.: Que es una voz cautivadora, misteriosa, a veces desgarradora.

–P.: ¿En qué crees que te has equivocado?

–R.: Más bien diría que echo de menos no haber tenido un hijo.

–P.: Dime un par de debilidades y un par de fortalezas.

–R.: Una debilidad mía es comer y otra es que soy muy vulnerable en el momento de contradecir a los demás. ¿Fortalezas? La fuerza de voluntad.

–P.: ¿Qué es para ti la vida?

–R.: Hacer felices a los que me rodean.

–P.: ¿Qué es lo que más te ha emocionado en la vida?

–R.: Cómo fui acogida en Francia.

–P.: ¿Escuchamos a Gilbert Beaud en “Je t’aime” para terminar...?

–R.: Preferiría oír a Jack Brel en “Ne me quitte pas”...escuchemos....

Eladía, a todo lo que has dicho, las personas que te conocemos añadiríamos algo que destaca mucho en tu personalidad, y es el talante de una mujer vital, alegre, que sabe gozar y disfrutar de la vida.

Eladía, me has enternecido, muchas gracias. Ha sido un verdadero placer escucharte.

MERCEDES CABELLO